

DE BUENAS LETRAS
FERNANDO DE VILLENA

De la Academia de Buenas Letras de Granada

Libertad y respeto

Esta noche, sentado en la terraza de un bar de la costa granadina, he escuchado en la mesa contigua a la mía una conversación en guaraní y he sentido una honda emoción. No me imagino una charla en lengua apache o sioux en un restaurante de Washington, por ejemplo. Y es que España a través de su historia, y a pesar de los abusos de algunos encomenderos, ha sido muy respetuosa con el mundo que conquistó. No me detendré a hablar de la extraordinaria labor de los jesuitas, los franciscanos y los dominicos en Hispanoamérica y de su salvaguarda de las lenguas amerindias, pues ahí quedan libros,

diccionarios e incluso películas como 'La misión', que dejan ello en claro.

Ahora deseo hablar del presente, de este milagro que constituye hoy España, acaso el único país del mundo en el que todavía se mantiene un maravilloso equilibrio entre libertad y respeto. Pensemos que Estados Unidos, en manos del sionismo, ya es una parodia de lo que fue, en tanto que Inglaterra, Francia, Alemania o Italia, con sus gobiernos títeres, se están convirtiendo en parques temáticos de lo que fueron. En España, por el contrario, gentes de Hispanoamérica, de África y de Palestina buscan el amparo de nuestras fronteras porque sue-

ñan que aquí todavía es posible una vida digna sin discriminaciones, sin violencias, sin abusos, con posibilidad de formar una familia y salir hacia adelante con el trabajo. De hecho, me consta que los mismos musulmanes que viven regularmente en Ceuta o Melilla con la nacionalidad española, lo último que desearían es que Marruecos tomase ambas ciudades y volver ellos a pertenecer al reino alauita.

Durante demasiado tiempo el colonialismo occidental ha explotado los recursos del tercer mundo. Hora es ya de que se les devuelva a esos pueblos algo de lo que le quitamos. España, esa burbuja en nuestro planeta donde libertad y respeto aún logran andar juntos, es y debe seguir siendo un país de acogida, sí, pero con orden y sin que la inmigración sirva a otros intereses espurios como los de la nueva geopolítica. Nuestras fronteras tienen que continuar inamovibles pues ellas garantizan a los aquí nacidos y a los que lleguen ese ámbito de libertad y respeto. Y lo que nunca se debe permitir es que en el río revuelto de los que vienen se introduzcan esas manzanas podridas que siempre ponen en riesgo esa libertad y ese respeto.